

**CARTA DE MARCO CANALE  
A GABINO RODRÍGUEZ**

Gabino querido:

Como te conté brevemente, ando de regreso en Guatemala después de una crisis que me tuvo dos meses en Buenos Aires. Estoy mirando el lago —este lago que me acompañó cuando me estaba separando de Agus— escribiendo esta carta. Antes estuve trabajando en la escritura de la obra que, como bien viste en Guatemala, era otra obra. Una obra sobre mi familia. Ahora es la obra de ese viaje en donde tantas cosas volaron por el aire y creo que es también una obra sobre el amor, algo en lo que casi no había pensado. Cuando una amiga leyó los primeros apuntes de la obra me escribió: «Veo tu relación con tu padre, con tu madre, con tus hermanas, hay algo de la relación con tus amigos, pero ¿dónde estás vos? ¿Dónde está tu relación con el amor?». La pregunta me pegó muy fuerte. «El texto parece escrito en tercera persona, no decís nada de lo que sentís ahora, al regresar a la violencia que vivieron en tu infancia». Estoy escribiendo a tientas, con muchas dudas sobre qué es hacer teatro. Muchas cosas en las que creía se me cayeron de las manos.

Cuando mi vieja me llamó en febrero para decirme que mi hermana Clara había tenido una crisis muy fuerte, lo

que era una idea a la que me acercaba con la escritura de una obra, se hizo real. Mi hermana a la que yo no había podido salvar de la violencia de mi padre, caía. Viagé a Buenos Aires a apoyarla y me derrumbé, tuve una crisis de angustia en la mitad de la calle, sentía que no me podía mover. No sentí que me moría, pero sí que me volvía loco. Un amigo vino a rescatarme en su auto y me dio una pastilla, me puse a llorar como no lloraba desde que era chico. Empecé a llorar por Agus, por mi hermana, vi al niño que fui. Mi amigo, que pasó por una crisis parecida, me dijo: «esto recién empieza». Me acuerdo que tenía miedo de bajarme del auto, sentía que cualquier movimiento ponía en jaque mi cabeza, mi cuerpo, lo que me rodeaba. Me daba miedo mirar a los edificios porque la sensación cuando explotó la crisis era que si los miraba iban a caer sobre mí (y en la adolescencia, cuando pensaba en suicidarme, la fantasía siempre era la de tirarme desde una ventana). Y me recosté en el pasto, quería pegarme a ese pedazo de tierra en medio de la ciudad, me acuerdo que estiré todo mi cuerpo con las palmas apoyadas en el suelo. Las emociones habían vuelto. Ya no existía la tercera persona.

Recuerdo que unos días después hablé con Agustín, uno de mis mejores amigos de la infancia. Su hijo recién nacido, León, estaba debatiéndose entre la vida y la muerte, en una sala de terapia intensiva, después de que lo hubieran operado a corazón abierto al nacer. Y Agustín me dijo: «De lo que te escapaste hace doce años te esperaba detrás de una esquina, y te pegó una piña de Tyson». Yo le dije: «Super Canale se murió». Y él me respondió sabiamente: «Nunca existió». Su hijo, León —la otra razón por la había ido a Buenos Aires— aguantó y salió vivo. Y me confrontó con el amor en su dimensión más real, más concreta, un pequeño bebé al que no conocés, al que sólo ves pasar en una camilla rodeado de tubos,

pero al que simplemente querés. Su madre, Celeste, una de las mujeres más grandes que conozco, me había dicho en medio de la separación de Agus: «Lo único que importa es lo que sentís».

La crisis te confronta con tu propio cuerpo. El enemigo, ya no está afuera, está adentro, tu cuerpo te lo recuerda una y otra vez. Y un proverbio chino dice: «Tu enemigo es tu maestro». No es una ecuación directa, pero esto me trastocó muchas ideas que tenía de las luchas políticas y sociales como un enfrentamiento contra el poder, y que tienen que ver con el lugar desde el que estuve haciendo teatro. Algo venía moviéndose en este sentido desde Guatemala. La sensación de que las luchas hacia fuera hacían agua, que se nos caían de las manos. Que seguíamos una serie de indignaciones que se sentían contentas de enumerar el horror, aunque no hicieran frente a él. Que no estábamos analizando la coyuntura real, que es una coyuntura muy terrible, muy dura, y que está adentro de todos nosotros y de las relaciones que nos unen. A veces siento que los izquierdistas preferimos mirar una realidad que no existe, una realidad que no esté tan hecha mierda, donde las víctimas sean seres ideales, porque si vemos lo que hay nuestras ideas se caen y nosotros mismos nos tambaleamos. Ese creo que es el problema de fondo, nosotros nos vamos al carajo.

Cuando uno toma distancia la revolución se convierte en algo triste, un poco solemne, absurdo, cuando estamos sosteniendo entre todos el horror que se vive. Hay razones estructurales, claro, hay un poder económico brutal, y hay un Ejército que está en las calles. Pero de qué sirve repetir esto una y otra vez, mientras estamos tan dañados y haciéndonos tanto daño. Sería más lindo un pueblo que quiera unirse en la solidaridad y hacer la revolución marxista leninista o indigenista, que no fuera machista, que no fuera capitalista,

que no fuera racista, que no estuviera lleno de odio, de tristeza, que no tuviera la necesidad de pisar al de al lado para sobrevivir, sería lindo, pero no es real. «No existe». Como sí existen las caras más terribles que no queremos ver: gente desesperada que se mete día a día en el crimen organizado o que migra jugándose la vida porque no hay otra manera de prosperar.

A mí me educaron en el combate, mi padre era un tipo violento y yo aprendí a relacionarme con él desde el enfrentamiento. Ataque, contraataque. Me pegas, te pego. Un día mi terapeuta me dijo: «En lugar de enfrentarte deja que ese dolor se asiente adentro, después ves». Y cuando salís del enfrentamiento la tristeza es más grande. Ves a los ojos lo que hay, lo que está pasando, y es una realidad muy triste. Y nuestro traje de súper héroe no alcanza, porque no podemos más. Hace tres días se murió la madre de unos amigos, baleada por un agente de seguridad de una farmacia. Y hace un mes casi matan a una compañera del grupo, tuvo que ir a negociar con los asesinos y ahora paga una cuota mensual. Una semana antes había visto con sus hijos cómo tres jóvenes a los que les vendía material escolar en la librería, bajaban de un picop y baleaban a su vecino en la calle. Sus hijos corrieron a la casa, ella se quedó junto al cuerpo que se desangraba gritando para que llegara una ambulancia que se negaba a entrar al barrio. Ahí se murió. Unas semanas después la extorsionaban a ella. Todos son pobres, los asesinos, los que mueren, los niños que salen corriendo. Entre medio los artistas de este país se quitaban los ojos en una pelea sobre el rol de los curadores, amigos se quitaban del Facebook, se llamaban dictadores, ladrones, el odio volvía a propagarse y la gente se reunía en un teatro con ganas de sacar en alguna dirección el resentimiento, la violencia, el miedo.

Pero sigo pensando que es demasiado fácil pensar que todo es una mierda. Porque también está la luz en esta tierra que tanto te enseña, también está la fuerza, jodida, por momentos destructiva, enrareciéndose o resucitando en un abrazo, en una mirada a los ojos. Una amiga me escribió: «Estoy implicada en mi entorno y a pesar de lo que me duele, agradezco también poder tomarme de la mano y ver a los ojos a tanta gente que me ha aportado más de lo que yo he imaginado». Y recuerdo a un grupo de niñas que conocí en un proyecto de bordado colectivo, que habían sido rescatadas de la trata sexual. Y recuerdo que vi a una niña de diez años embarazada y sentí que mi cuerpo volvía a tambalearse. Y unos días después bordé con ellas, escuchándolas reír y cantar reguetón, y diciéndome que la música que yo escuchaba era de viejos. Y cuando nos fuimos y le dije a Silvia Menchú, una bordadora y lideresa, «tenemos que volver», ella me dijo: «No te olvides que los que las necesitamos somos nosotros».

Hay algo difícil para mí, en lo que se unen Guatemala y mi infancia es en que el amor y el daño se mezclan, se confunden. El amor se enrarece, la desconfianza es enorme, los miedos, no del opresor, los miedos de tus amigos, de la gente más cercana, muchas veces engendran violencia. Esa mezcla te engancha y te puede poner peligrosamente en el lugar del súper héroe que todo lo cambia. Pero ese súper héroe, por fin lo aprendí, no existe. Hay cosas que me han hecho más daño del que creí pero no hay que olvidar eso que movió tu vida para siempre.

Hay que ir más atrás, más hacia adentro. Es lo que nos queda y no es poco. Es la vida, a fin de cuentas. La vida frente a nuestro ego, la dificultad de todo lo que implica mirarnos sin el refugio de las grandes palabras. La posibilidad de encontrarnos sin certezas, las preguntas que no se responden en blanco y

negro. La muerte que no aparece como algo lejano sino como algo que está ahí. El amor, que como me dijo un día Fer, es un acto de desnudez. Y sin amor nada vale la pena. No es que me haya hecho un hippie que piense que el amor todo lo cambia. Pero sin amor, nada tiene sentido. La destrucción y la construcción no son lo mismo.

¿Qué teatro podemos crear desde este lugar? ¿Qué teatro vamos a hacer sin caer en el refugio de las explicaciones lógicas que este mundo se encarga de hacer volar una y otra vez por el aire? Nuestras emociones conforman tal vez un mapa más complejo de lo que somos. Pensé mucho en la relación con mi viejo, al que durante mucho tiempo, una parte mía quiso ubicar en el lugar del monstruo, y esa teoría, también hizo aguas. Mi viejo hizo mucho daño pero me quiere, nos quiso como pudo, arrastrando su historia. Y una mañana de este viaje, cuando le pregunté por primera vez por la violencia que había ejercido contra mi vieja, y contra sus hijos, me dijo: «Mi padre, mi abuelo, yo, somos tipos violentos. Eso está adentro mío y se va a ir cuando me muera. Intento que no me afecte, que no afecte a la gente que quiero, pero está ahí». Respeto más la honestidad de mi padre que muchas palabras vacías.

¿Qué hacemos con la angustia no sólo de las víctimas sino de los espectadores, de los asesinos? Ya no sé si confío en la justicia como único horizonte. Si hubiera justicia en este país, la mitad de las personas estarían encerradas. Los buenos y los malos. Como me dijo una amiga maya: «Hay un desequilibrio más hondo que nos está llevando a esto y nosotras tratamos de entender ese desequilibrio».

Cuando estaba en los peores días de la crisis, encerrado en la casa de mi vieja, sin poder salir a la calle, abrí el I Ching sin tirar las monedas. Esto fue lo que apareció:

Arriba Tui, Lo sereno, el lago.  
Abajo, Ch'ien, Lo Creativo, el cielo.

El signo representa, por una parte, una irrupción que se produce luego de una tensión condensada durante largo tiempo, como la irrupción de un río henchido que rompe sus diques, o la descarga de una lluvia torrencial.

El Dictamen

El desbordamiento.  
Hay que dar aviso a la propia ciudad.  
No es propicio tomar las armas.  
Es propicio emprender algo.

Para una decidida lucha por el bien existen determinadas reglas precisas:

1. La decisión debe fundarse en un enlace entre la fuerza y la afabilidad.
2. Un compromiso con el mal no es viable. Tampoco es lícito que uno disimule o embellezca sus propias pasiones o defectos.
3. La lucha no debe ser conducida por medio de la violencia directa. Allí donde el mal se ve descubierto y estigmatizado, lucubra las armas a las que debe recurrir, y cuando uno le hace el juego de combatirlo golpe por golpe, sale perdiendo, puesto que en esta forma uno mismo queda enredado en odios y pasiones. Por tanto, es cuestión de comenzar mirando por casa: mantenerse personalmente alerta en cuanto a los defectos estigmatizados. Así las armas del mal perderán por sí solas su filo, al no toparse con ningún adversario. Del mismo modo, tampoco los defectos propios han de combatirse directamente. Mientras uno siga debatiéndose con ellos a golpes, permanecerán siempre victoriosos.
4. La mejor manera de combatir el mal es un enérgico proceso en el sentido del bien.

El lago ha subido al cielo.  
La imagen del desbordamiento.

Agus, mi ex mujer, me dijo: «Abrazá a este momento con todo lo que trae». Y nos despedimos abrazados, llorando, mirando una vela blanca y una vela verde, como las que prendimos una mañana, en una montaña de Comalapa, junto a Luisa, junto a vos y Calel.

Espero que todo esté yendo bien allá donde estés,  
Gabino, acá se te espera siempre.  
Te mando un abrazo grande,  
Marco.

§

**CARTA DE GABINO RODRÍGUEZ  
A MARCO CANALE**

Querido Marco:

Antes que nada, quiero aclarar que me siento frente a una trampa. Por un lado está la idea de publicar esta correspondencia, a priori sabemos que nuestras palabras serán leídas por otros. Hace poco Coetzee y Auster se sometieron a un ejercicio similar, el resultado era raro (aunque Vila Matas diga lo contrario). Y te digo que me siento frente a una trampa, porque la amistad que me une contigo y las ganas que tengo de contarte cosas son enormes, eso me impide hacer de estas cartas un mero ejercicio intelectual dirigido a un hipotético lector y me obliga a intentar responderte con la vehemencia con la que planteas la primera misiva.

«Te prometo anarquía» diría Julio Hernández, yo lo único que te prometo es que nada de lo que te escriba es realidad. Pero todo será verdadero.

Te escribo desde China, de Pekín. Llevo varios días viajando virtualmente por ese país continente. Por ese país sin principio ni medio ni final. Tenía ganas de hacer un proyecto con internet, ¿qué de nuestras vidas estamos viviendo en las redes sociales? ¿Cuándo una experiencia cobra más relevancia en internet que en la «vida real»? ¿Qué queremos que los demás vean en nosotros? Desde hace mucho me apasiona la manera en la que construimos nuestros personajes de la vida real, eso que apostamos a ser y a mostrar a los demás y que no pocas veces son deseos que van envejeciendo, lastres que acabamos cargando, y que poco a poco nos llenan de resentimiento contra nosotros mismos; porque con toda la razón, uno no quiere seguir siendo lo que ya es, lo que nunca fue.

Me interesa mucho también que lo que mostramos es normalmente lo más tontito de nosotros, lo más obvio. Nadie se va a enamorar nunca de nosotros por lo que procuramos mostrar y sí por lo que escondemos, o por lo que olvidamos. Esto en las redes sociales es clarísimo, controlamos más que en ningún otro lugar lo que mostramos y lo que escondemos (por eso todo es un poco bobito en esos barrios). Así que me decidí a hacer un pequeño libro donde narrara mis experiencias en un viaje irrealizado. Preguntándome ¿qué quiero mostrar de lo que nunca viví? Fui a Shanghai, Pekín y Datong. La pasé bien, me aburrí, leí mucho, pensé lo más que pude y me enamoré de una china.

Me llama mucho la atención todo lo que me cuentas sobre tu crisis. Me parece muy fuerte que atrás de la puerta nos pueda estar esperando el pasado para golpearnos. Supongo que así es, así debe ser. No es parecido mi proceso, pero de

alguna manera he pasado por una situación paralela a la que tú has vivido. Hasta este momento, creo que nunca me había detenido a pensar qué iba a hacer a continuación (sobre todo en mi relación con el teatro), las cosas se iban dando solas y pasaba de una a otra con mucha claridad en lo que estaba haciendo y en lo que haría a continuación. En este momento no sé hacia dónde continuar. Ideas que hace unos años me parecían muy potentes, hoy me dejan de parecerlo y dos preguntas me llenan la cabeza: ¿Qué estás haciendo? ¿Qué te pasa si dejas de hacerlo?

Por un lado sigo creyendo que existe una potencia enorme en la revisión de la (H)historia, pero no estoy seguro de qué es lo que me gustaría construir: enfocar. Mientras escribo esto, siento un optimismo genuino: me gustaría producir un teatro que ayudara a las personas a orientarse en la realidad. En la época en que vivimos, en la que la «total» disponibilidad de la información, ha hecho que se vuelva cada vez más difícil significar la misma, pienso que es importante seguir produciendo obras que nos ayuden a representarnos. No sé, eso me parece lindo ahora.

Mientras viajaba por oriente, fui con Luisa a dar un taller a niños de Nochixtlán, Oaxaca. El lugar es hermoso y los niños son divinos. Pero hay algo que simplemente no logro disfrutar de dar talleres. Desde el momento en que empiezan quiero que acaben. Por un lado, supongo, que la docencia debe de tener algún sistema, una serie de pasos lógicos que lleven el proceso de un lugar A a uno B. A mí me encanta la impunidad del arte, esa hermosa posibilidad de ser arbitrario o intuitivo o yo qué sé. Cuando doy talleres, aun a unos niños a los que supongo podría enseñar algo, me siento como un farsante. Es una sensación muy fea, como de estar engañando a alguien y hoy en día, mi querido Marco, eso es lo que menos quiero. Al final

en retrospectiva, me doy cuenta que aprendo muchas cosas en todos los talleres. Pero es algo que no disfruto.

En el plano personal ¿hay otro? también han sido momentos difíciles. Por un lado separarme de Amanda, ha sido una de las experiencias más dolorosas que me haya tocado vivir. Ella y yo nos quisimos con todas las fuerzas que tuvimos. Así que cuando había que dejarse de querer, nos encontrábamos exhaustos y sin posibilidad de soltarnos. Muchos meses estuvimos agarrados, con los dedos entumidos de tanto apretar. Ha sido una de las experiencias más amorosas que me haya tocado vivir. Dos personas tratando de hacer el mundo a su manera, sin lograrlo. Dañándose por torpeza y amándose igual. Ahora creo que al final hemos soltado, en esas estoy.

Esto se me juntó con algo que pensé antes de mi primer día de terapia (decidí ir a terapia después de sentirme bastante mal). Con una claridad prístina, me di cuenta de que tengo una tremenda herida con la mujer que me crió después de que mi Mamá muriera. Desde los seis a los 18 años crecí con ella, y si bien supongo que ella intentó hacer lo mejor que pudo, yo siento una herida enorme por muchas cosas que pasaron y otras que debieron haber pasado. Bueno, para no hacerte el cuento largo, todo a mi alrededor cambió. Mis certezas, mis dudas, mis miedos, mis angustias, mis bases por bola.

Ahora, estoy en un periodo muy distinto, tratando de centrarme poco a poco. De reconstruir desde un lugar distinto, de separar lo importante de lo accesorio. Pero de pronto me agarro una borrachera tremenda y otra vez todo se sale de control. No sé, es un periodo interesante para decidir hacia dónde ir.

Ahora estoy haciendo varias cosas: una editorial de audiolibros, quiero publicar el libro de China, estoy haciendo

un libro sobre actuación en cine y quiero dirigir una película a finales de este año. Una película que, curiosamente, ahonda un poco en las reflexiones políticas que planteas.

Para empezar quiero plantear que estoy absolutamente en contra de cualquier aproximación a la política que busque sacar de ella «felicidad». La política no debe buscar que las personas sean felices, sino que debe proveer condiciones para que las personas busquen, la felicidad o lo que quieran o puedan. El 68 impuso una visión ideal de la actividad política que no hemos logrado sacudirnos hasta ahora: la idea de que podemos pedir lo imposible y esto nos será concedido, no importa qué sea: todo se puede. Esto además se mezcló con una manera de entender el amor, la juventud, la rebeldía y la vida. Nunca dejaré de reconocer el inconmensurable valor que tuvo aquello y la enorme cantidad de posibilidades que ese año abrió para los que vinimos después. Pero creo que ha llegado la hora de reconocer, también, que ese ideal ha sido una fuente de insatisfacción permanente para los que vinimos después. Crecimos con una idea de lo que era la política y nos enfrentamos a una realidad en la que no podemos pedir lo imposible, a una realidad en la que necesitamos negociar, no imponer condiciones. Y ese ha sido, por lo menos en México el gran problema de la izquierda, una imposibilidad por reconocer los pequeños (y no tan pequeños) logros que se han conseguido en los últimos 40 años. Porque reconocer que algo ha mejorado, es muestra de debilidad, de poco radicalismo, de conformismo y no es sexy.

No seremos libres, hasta que aprendamos a discernir que una cosa es un sistema de gestión de lo económico y otra cosa es un sistema de gestión de lo político. Que la política nunca ha hecho feliz a la gente, pero sí ha procurado condiciones para que las personas decidan cómo quieren vivir

sus vidas. La política sólo puede llegar a proveer condiciones, no resultados vitales. Por eso me causa una lástima terrible cuando países como Venezuela instituyen el ministerio de la felicidad: como si fueran capaces de proveerla, como si pudieran definirla. Idiotas. La justicia no lo es todo, pero una sociedad capaz de procurar justicia, siempre será mejor a una en la que la impunidad campea. «Izquierdismo enfermedad infantil» no es mal título, aunque suena viejito.

En general coincidido contigo, hemos puesto demasiadas esperanzas en la política y hemos descuidado casi todo lo demás.

Me llama mucho la reflexión que hizo tu amiga sobre el amor después de leer tu texto. Creo que es muy valioso ese comentario, hace poco leí a no sé quién, que decía que el cine siempre trata sobre el amor de alguien a algo: a una mujer, a un trofeo, a las pistolas, a la naturaleza, al honor creo que era Griffith o alguien así. Pero creo que hay una gran verdad dentro de todo eso. Creo que hay algo que realmente es importante e interesante en esa idea. En una entrevista, no menos cursi pero tampoco menos cierta, Jan Lawers cierra diciendo: *the keyword is love*.

No sé por qué pero siento una especie de paralelismo (toda proporción guardada) entre tu situación y la mía. Y eso me hace sentir una inmensa empatía con lo que me cuentas.

Termino de escribir esta carta en un camión que va de Oaxaca a México. Pusieron una película de Adam Sandler y Salma Hayek. Una estupidez de «comedia», pero no puedo creer las risas que provoca en los pasajeros, no sé qué pensar al respecto. Creo que no pienso nada.

Mi adorado carnale, coincidido con Agus: estos momentos hay que abrazarlos, no nos queda de otra.

Abrazos todos.

§

**CARTA DE MARCO CANALE  
A GABINO RODRÍGUEZ**

¡Querido!:

Han sido días de partos (me di cuenta de que una obra de Las Poderosas se llama «Naciendo» y la otra «El futuro empezó ayer»). Creo que el bebé saca la cabeza afuera y sonrío. Espero que todo sonrío por Brasil y que estés cerca del mar.

Te mando un abrazo grande, hermano. Pronto te escribo desde el lago. Y te dejo esta canción que escuché ayer.

FAIROUZ

إحكي لي بلدي عن إحكي لي إحكي لي  
Tell me, Tell me about my country, tell me  
مقاييل ع الشجر مارق الللي نسيم يا  
Oh wind, passing over the trees before me,  
حكايي يتيب عن حكايي أهلي عن  
(Tell me) about my family, a story, about my house, a story  
طوي لي حكايي الطفولي جار عن و  
And about my childhood neighbor, a long story  
الغار أرض عا مارق الللي نسيم يا  
Oh wind, passing over the earth of the cave,  
بهالدار عندي تلعب تيجي حلقتك  
I made you swear that you would come and play with me  
in this house  
بيذكرني بعادو ان كان خبرني  
Let me know if he still remembers me  
ناطرني عالسمرة و ببلدي  
In my country, and in the evening he waits for me  
إحكي لي حبيبي القلي لي الفرح ساعات  
A few joyous hours, my love, tell me  
الزيتون حال كيف خبرني حلقتك  
I made you swear that you would let me know how  
the olives are doing

الطاحون بـفـيـي الـصـبـيـي و الـصـبـيـي و  
And the boys and girls in the shade of the windmill  
سـمـانـا و الأـرض و اللـوزـي و  
And the almond and the earth, and our sky  
هـوانـا و بـلـدنا هـي هـو  
He is here, our country and our air  
إـحـكـيـلـي حـبـيـبـي الـبـخـيـلـي الأيـام زهـر  
Tell me, my love, how the deprived days have started

§

**CARTA DE GABINO RODRÍGUEZ  
A MARCO CANALE**

Querido:

Me da mucho gusto que vaya bien la cosa y  
que estén «naciendo» con «futuro».

Bella canción, tiene que ver con todo.

Brasil estuvo espectacular, pero ese lugar siempre es un  
espectáculo.

Espero tu misiva desde el lago.

Te mando un fuerte abrazo y un rolón del Brasil.

§

**CARTA DE MARCO CANALE  
A GABINO RODRÍGUEZ**

Querido Gabino:

Pasaron semanas importantes para mí  
desde que recibí tu carta. Varias veces, intenté escribirte. Creo  
que no era el tiempo para escribir y tal vez esa sea parte de la

trampa de las correspondencias de la que hablabas, los plazos,  
la obligación. Y sucumbí varias veces, en otra de las trampas  
que tal vez se resume en la necesidad de responder (además,  
como decías, frente a un lector imaginario). Hoy no quiero  
responder, desde lo que implica responder. Guardo muchas  
cosas que escribiste adentro de mí.

En el tiempo que transcurrió desde que recibí tu carta  
murió mi abuela Cacha, una de las personas que más he  
querido en este mundo. Cuando recibí la noticia de que se iba  
algo se removió dentro del viaje que tuve este año. Y recordé  
la muerte de mi otra abuela, Nieves, que murió cuando yo  
tenía cinco años. Hablé con mi madre, que me contó que no  
tuvimos un encuentro real con su muerte. En el ánimo de  
preservarnos, nos alejaron de su muerte y casi no hubo espacio  
hacia su memoria por el miedo a que sufriéramos. Sólo una  
vez fuimos al cementerio, y guardo un recuerdo difuso, creo  
que no llegamos a estar frente a su tumba, que nos tuvieron  
dando vueltas. Pensé, en cómo el ánimo de protección nos  
lleva a eludir cuestiones centrales que siguen ahí, que no se  
van y cómo ese vacío nos lleva a la creación de fantasmas que  
quedan guardados adentro nuestro, y que en algún momento  
salen —a veces gritando— a la luz.

Una amiga que perdió hace un mes a su abuelo que la  
crió, me escribió: «tenía miedo de quedarme con su imagen  
en el hospital, pero lo que quedó son los recuerdos de su vida,  
y tengo tantas ganas de hablar de él, de recordarlo, de contarle  
a todos quién era». Y pensé en cómo nuestra memoria —no la  
memoria con mayúsculas, sino la memoria nuestra, íntima—  
es el lazo que nos une con los que ya no están, y que nos unirá  
a los demás cuando ya no estemos. Y es una memoria que está  
compuesta de imágenes, recuerdos de imágenes, canciones,  
lugares, una sonrisa, un abrazo, la herencia de los cuerpos



—un óvulo y un espermatozoide que se unen y todo lo que viene después— y cosas de mierda, que también las hubo, y que uno empieza a mirar con un poco más de compasión, preguntándose también qué es lo que hizo uno con eso, y no sólo qué es lo que hicieron los demás.

Un amigo que leyó la primera carta me escribió: «Está bien pensar en el amor, y también en la maldad, Marco, tener compasión por el daño que nos hacen y por el daño que hacemos. Es parte de lo que somos. Y muchas veces se mezcla con el amor, no siempre podemos querer como quisiéramos». Qué camino es el de querer bien, difícil, por momentos tan hermoso.

Después de separarme me involucré en una relación en la que me desnudé mucho. Creo que ella también. Los dos veníamos de momentos duros, yo de separarme con Agus, ella de hacer un duelo muy grande y de estar en una relación que no terminaba de avanzar. Siento que cuando dos personas se encuentran en esos momentos el cuerpo, el corazón, el alma, todo lo que sea que somos se abraza con una fuerza y una luminosidad muy grande. Tal vez por esto sea tan difícil que estas relaciones logren la alquimia de convertirse de flor a árbol. Tal vez sea demasiado pedirlo y más triste aún buscarle culpables a que no suceda. Es demasiado fácil quedarnos en una explicación lógica, que divida bíblicamente culpables e inocentes. Hay cosas que tienen su propio camino, su propio devenir, su propio destino.

Justo antes de terminar esta relación que ya había perdido su sentido —era una virtualidad que sólo nos hacía daño, y creo que aprendí que no hay amor sin cuerpos, sin mirarse a los ojos, y que hay cosas que sólo se pueden decir estando frente a una mirada— tuve una ceremonia en la que Gilberto me dijo: «No hay culpables, hay responsabilidades, pero no culpables».

Y yo pensé en las cosas que me habían hecho daño. Y pensé en mi infancia, en las relaciones en las que la cagué, o en las que las personas que estaban conmigo la cagaron. En los errores que cometí. Y recordé a Mariano hablando de la compasión y a Gilberto diciendo: «Hay responsabilidades pero no culpables». Y recordé que el psicólogo me dijo: «Hiciste de tu padre un monstruo, debe tener sus debilidades también». Y pensé en por qué no me gustaba cuando la gente celebraba la condena a Ríos Montt como un castigo hacia un monstruo que nos absolvía de nuestros males, y no como un acto de sanación y reparación, que tal vez fue lo único importante que fue.

Y pensé en la izquierda que cree que el mal no nos pertenece, que cree o creía en la llegada de un hombre nuevo para el que no existiría el poder, el daño, un ser ajeno a todas nuestras miserias frente al que siempre hay un enemigo externo atroz. Creo que esto nos lleva a un lugar peligroso, porque como dirían unos franceses: la realidad no es una entidad hacia la que nos enfrentamos, sino un suelo que nos sostiene. Y que está además adentro nuestro. Y lo que sea que podamos ser, crear o construir —y no creo que sea una revolución— tendrá que ser consciente de esto, si es que no queremos construir Ministerios de la Felicidad / del Horror.

Mi abuela pasó sus últimos diez días rodeada de sus hijos y sus nietos, que le cantaban villancicos, que eran las canciones que le gustaban, y supongo que también canciones de Charly García. Yo la pude llorar mucho en esos días, frente a unas veladoras que prendía todas las noches. Mi abuela tenía una fe muy fuerte, aunque no era una chupacirios —cuando una prima mía salió del armario en los años 80, la invitó a ella y a su novia a las cataratas del Iguazú— y algo de eso apareció en esos días.

Mi abuela quería mucho un rebozo de Cotzal que yo le había regalado, todos los días preguntaba: ¿De dónde es esto? De Guatemala... ¿Quién me regaló esto? Marco. Entonces cuando hablé con mi hermana Clara le pedí que se lo pusieran a sus pies, y luego, le cubrieron todo el cuerpo con el rebozo y con el rebozo sobre su cuerpo se fue. Yo hablé con mamá, y le dije que en las comunidades muchas veces enterraban a las mujeres fallecidas con su rebozo, y que pensaba que tal vez sería bueno que el rebozo se fuera con Cacha, pero le dije a mamá que quería quedármelo, que la abuela lo había querido tanto. Pero cuando la estaban enterrando, mis tíos y mis primos le dijeron a mi hermana que lo pusieran junto a ella para enterrarlo. Fue unánime, me dijo mi hermana. Después de tanto tiempo acá, creo que la abuela, la tela, las energías hablaron y me enseñaron algo muy importante. Qué cosas podemos guardar, y cuáles debemos dejar ir, para que queden de otra manera, adentro nuestro.

En la ceremonia con Gilberto, mientras yo pensaba, con los ojos cerrados en las estrellas que vimos con Clara en la Patagonia, él me dijo: «De una estrella venimos y hacia ella vamos». Y yo recuerdo ahora que en las comunidades mayas de Guatemala, cuando un bebé nace, entierran su ombligo junto a un árbol.

Te mando un abrazo grande, hermano.

§

**CARTA DE GABINO RODRÍGUEZ  
A MARCO CANALE**

Mi querido Carnale:

Te escribo sentado en el piso, las piernas cruzadas y la computadora en el regazo. Son las 8:10 de la mañana y yo ayer dormí dos horas. Me desperté a las seis de la mañana y vine al aeropuerto, llovía a cántaros (cae mucha agua del cielo acá en Colombia). El vuelo se canceló.

Me pone muy feliz que hayas estrenado la pieza, de verdad que una alegría enorme me invade al saber que de aquellas 5700 páginas que nos diste en Guatemala salieron dos obras de no más de cien cada una. Leí el libro de «Naciendo» y me conmoví mucho y me volví a alegrar porque creo que a nivel de texto, la obra se centró en lo que se tenía que centrar, en su potencia, en su germen. Creo que las dos obras tienen un centro muy claro y me interesaría mucho poder verlas juntas, supongo que entre las dos estás tú. Cada una tendrá parte de lo que me cuentas en tu carta, cada una tendrá un pedazo de territorio que te compone, Buenos Aires y Guatemala. Tu familia de nacimiento y la familia que tú construiste. Destino y elección.

Supongo que lo has pensado, pero ¿no te parece que fuiste a Guatemala a construirte una familia? ¿No son eso las Poderosas para ti? Cruzaste el continente y te metiste en ese país tan chiquito y tan injusto como para comprobar que aún en esas circunstancias es posible generar lazos que valgan la pena. Te mudaste de país y de familia y ahora regresas. Regresas aunque evidentemente no eres el mismo, pero hoy sabes algo de lo que antes no tenías certeza: la familia se construye, se inventa, se puede hacer donde sea y siempre.

Supongo que en parte porque estoy desvelado, pero me dan ganas de llorar de pensar en el proyecto todo de las Poderosas. En fin.

Sigo sentado sin que este asunto avance. Se canceló el vuelo porque la nave tuvo un problema, así que no hay avión disponible y somos cincuenta personas intentando volar a Bogotá. Yo tenía pensado pasar un par de días allá, pero ahora lo único que quiero es regresar a México. Tengo ganas de llegar a mi casa y estar con Chantal y nada más. Tengo varios viajes en este mes y quiero aprovechar lo más que se pueda para estar con ella. Me impresiona cómo cambia todo cuando se está enamorado, la manera en la que se observa la vida, la manera en la que se descubre el mundo una y otra vez, en que se piensa a través de la mirada de otro. Ya te contaré más detalles fuera del aire...

Adoré Bilbao, y más que la ciudad, adoré vernos allá y la noche con Pablo en el «Senator» ¿se llamaba así? Recuerdo esa noche con particular intensidad. Con una plenitud que llevaba rato sin sentir. Qué bueno que estábamos borrachos. También quedé borracho después de lo de Delbono... Qué hijo de la gran puta... Conocimos a uno de nuestros abuelos. La imposibilidad del teatro de ser experimentado fuera del evento mismo, hace que seamos un poco huérfanos. Sabemos que lo que hacemos viene de algún lugar, pero muchas veces no nos queda claro de dónde. Tengo clarísima mi deuda con Godard, pero no sabía lo mucho que le debía a Pippo. Me hizo feliz reconocermelo en él, sentirme modestamente parte de un camino que otros transitaban. Como dicen por ahí: alguien hizo los caminos para que nosotros manejáramos nuestros rolls royce.

Espero las nuevas de Europa. Ve a ver teatro, avísame de tu ruta y te tiro un par de links.

Muchos besos desde Colombia.

§

**CARTA DE MARCO CANALE  
A GABINO RODRÍGUEZ**

Gabino querido:

Esta carta, en realidad, la escribe mi hermana que acaba de irse a vivir a México. Son dos fotos que me acaba de mandar, en la página del I Ching que abrió antes de partir, después de tirar las monedas.

**11. LA PAZ / LA PROSPERIDAD**

T'ai. El cielo, poniéndose debajo, encuentra la tierra.  
Época de unión. Mirar todo con luz más optimista, que todo mejora. Hay rendimiento, recompensas, conexión (exterior y espiritual), tranquilidad, regalos. Necesitas paz, logras paz.

El cambio ya se produjo: las murallas, las defensas, caen.  
Quedas al aire, expuesto (sin defensas, te ven tal como eres).  
Mejor someterse al destino. Como el infortunio vino por causas ajenas a ti, lo mejor es tratar de resguardarse en el círculo más estrecho. Oponerse tenazmente sería un gasto inútil y aumentaría las malas consecuencias (Perseverancia es humillación).

Nos abrazamos y nos emborrachamos en unas semanas.

\* \* \*

**Gabino Rodríguez.** En 2003 funda con Luisa Pardo el colectivo Lagartijas tiradas al sol, con el que han desarrollado proyectos escénicos, publicaciones, programas de radio, discos y talleres. También ha actuado en más de 30 películas, con directores como Nicolás Pereda, Raya Martín, Gust Van der Berghe y Cary Fukunaga entre muchos otros.

**Marco Canale.** Sus obras surgen de procesos donde la vida y el teatro intentan encontrarse y retroalimentarse, buscando echar luz sobre la compleja realidad que habitamos y que nos habita. Desde el 2007 forma parte junto a un grupo de mujeres guatemaltecas y sus hijos e hijas, de Las Poderosas Teatro. En el año 2014, tras un largo proceso de investigación y creación, estrenan *Naciendo*. En 2014 estrena *El futuro empezó ayer* en el BAD.

## Pippo Delbono y el mar de Liguria

Pablo Fidalgo Lareo

Descubrí a Pippo Delbono (Varazze, Italia, 1959) en una presentación de *Enrico V* en Málaga. Me habían hablado de sus obras, de sus gritos, de su voz, de los marginados y ofendidos, de la vida en comunidad, y de Bobò, su actor. Me habían hablado del SIDA, del budismo, de sus primeras actuaciones en París, en el Pompidou. Después lo volví a ver en Madrid, en el Festival de Otoño. Vimos el corro de *Il Silenzio* dos veces, y vimos *Guerra*. Pensé en Liguria, en Cinque Terre. Todo un paisaje abriéndose. Después lo encontré en Wrocław, con Marisa Berenson, hablando de Kubrick, feliz. Después en Chieti, otra vez con *Enrico V*. Después en el TNT y en el Sorano de Toulouse (*Racconti di Giugno, Il tempo degli assassini* y *Questo buio feroce*), después en Le Merlan de Marsella (*La rabbia, Grido*), después en el CCB Lisboa (*La menzogna*), después en el Arriaga de Bilbao (*Urlo*), después en el San Carlo de Nápoles (*Dopo la battaglia*), después en el Rond-Point de París y después en la Escuela Antonia Da Costa en Almada (*Orchidee*, por dos veces).

Pippo nació en Varazze, cerca de Génova, en el año 1959. Varazze está en Liguria, la región de Montale y de los *Ossi di*